



Ayaan Hirsi Ali
Mi vida,
mi libertad

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Ayaan Hirsi Ali

Mi vida,
mi libertad

Traducción de
Sergio Pawlowsky

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*Para Abeh, Mamá, Ayeyo (abuela), Mahad.
Y en memoria de Haweya, con amor*

Introducción

Una mañana de noviembre de 2004, Theo van Gogh se levantó para acudir a su empresa de producción cinematográfica en Amsterdam. Sacó su vieja bicicleta negra y se dirigió a la calle principal. En un portal esperaba un hombre marroquí con una pistola y dos cuchillos de carnicero.

Cuando Theo circulaba por la Linnaeusstraat, Muhammad Buyeri se le acercó. Sacó la pistola y disparó varias veces sobre Theo. Éste cayó de la bicicleta, cruzó la calle tambaleándose y se desplomó. Buyeri le siguió. Theo suplicó: «¿No podemos hablar de ello?», pero Buyeri le disparó, cuatro veces más. Entonces sacó uno de los cuchillos de carnicero y degolló a Theo. Con el otro cuchillo clavó una carta de cinco páginas en el pecho de su víctima.

La carta era para mí.

Dos meses antes, Theo y yo habíamos hecho juntos un cortometraje. Lo titulamos *Submission Part 1*. Me propuse hacer un día la segunda parte. (Theo me advirtió de que sólo colaboraría en la segunda parte si yo aceptaba incluir unas notas de humor.) *Submission Part 1* trataba del desafío de mujeres musulmanas que pasan de la sumisión total a Dios a entablar un diálogo con su deidad. Rezan, pero en vez de bajar la mirada al suelo, esas mujeres miran hacia arriba, hacia Alá, con las palabras del Corán tatuadas en la piel. Le explican sinceramente que si la sumisión a Él les depara tanta miseria y Él guarda silencio, tal vez dejen de someterse.

También aparece la mujer azotada por cometer adulterio; otra que ha sido dada en matrimonio a un hombre a quien aborrece; una que es golpeada regularmente por su marido, y otra que es repudiada por su padre cuando éste

se entera de que su hermano, el tío de ella, la ha violado. Los autores de estos abusos los justifican en nombre de Dios con citas de versos del Corán que están escritos en los cuerpos de las mujeres. Mujeres que representan a centenares de miles de musulmanas de todo el mundo.

Theo y yo sabíamos del peligro que conllevaba hacer esta película. Pero Theo era un hombre valiente; un guerrero, por inverosímil que parezca. También era muy holandés, y ninguna nación del mundo tiene un apego más profundo a la libertad de expresión que la holandesa. La mera sugerencia de que Theo eliminara su nombre de los créditos de la película por razones de seguridad le enfureció. Una vez me dijo: «Si no puedo firmar mi propia película, en Holanda, entonces Holanda ya no es Holanda y yo ya no soy yo».

Algunos me preguntan si albergo algún deseo de morir por decir lo que digo. La respuesta es que no: me gustaría seguir viviendo. Sin embargo, hay cosas que es necesario decir, y hay épocas en que el silencio es cómplice de la injusticia.

Ésta es la historia de mi vida. Es un relato subjetivo de mis recuerdos personales, tan cercano a la realidad como me ha sido posible; mi relación con los miembros de mi familia está tan quebrada que no puedo refrescar la memoria pidiéndoles ayuda. Es la historia de lo que he vivido, de lo que he visto y de por qué pienso del modo en que pienso. Me he dado cuenta de que es útil, y tal vez incluso importante, que cuente esta historia. Quisiera aclarar unas cuantas cuestiones, poner en orden algunos recuerdos y también contar cosas de un mundo distinto y de cómo es realmente.

Nací en Somalia. Me crié en Somalia, Arabia Saudí, Etiopía y Kenia. Vine a Europa en 1992, cuando tenía veintidós años, y fui elegida diputada al Parlamento holandés. Hice una película con Theo y ahora convivo con guardaespaldas y circulo en coches blindados. En abril de 2006, un tribunal neerlandés dictó que abandonara mi vivienda de seguridad alquilada por el Estado. El juez sentenció que mis veci-

nos tenían derecho a alegar que se sentían inseguros debido a mi presencia en el edificio. Yo ya había decidido trasladarme a Estados Unidos antes de que se desatara el debate en torno a mi ciudadanía neerlandesa.

Este libro está dedicado a mi familia y también a los millones y millones de mujeres musulmanas que han tenido que rendirse.

PRIMERA PARTE

Mi infancia

CAPÍTULO I

Linajes

—¿Quién eres?

—Soy Ayaan, hija de Hirsi, hijo de Magan.

Estoy sentada con mi abuela en el césped al pie del árbol *talal*. Detrás de nosotras está la casa y sólo las ramas del *talal* nos protegen del sol que resplandece sobre la arena blanca.

—Sigue —dice mi abuela mirándome fijamente.

—Y Magan era hijo de Isse.

—¿Y antes?

—Isse era hijo de Guleid, que a su vez era hijo de Ali. Era hijo de Wai'ays. Era hijo de Mohamed. Ali. Umar.

Dudo un instante.

—Osman. Mahamud.

Recobro el aliento, orgullosa de mí misma.

—¿Bah? —pregunta mi abuela—. ¿Qué consorte?

—Bah Ya'qub, Garab-Sare.

Nombro a la más poderosa de las mujeres de Osman Mahamud: hija de Ya'qub, la de la espalda más alta.

Mi abuela asiente con la cabeza, a regañadientes. Lo he hecho bien para una niña de cinco años. He conseguido nombrar a mis ancestros remontándome hasta trescientos años atrás, la parte que tiene una importancia crucial. Osman Mahamud es el nombre del subclán de mi padre, y por tanto también del mío. De ahí provengo, ésa soy yo.

Más tarde, a medida que crezca, mi abuela me convencerá o incluso me pegará para que aprenda la ascendencia de mi padre remontándome hasta ochocientos años atrás, cuando dio comienzo el gran clan de los Darod. Soy una Darod, una Harti, una Macherten, una Osman Mahamud.

Soy de la consorte llamada la Espalda Más Alta. Soy una Magan.

—Recuérdalo siempre —me advierte mi abuela, agitando una vara delante de mí—. Los apellidos te harán fuerte. Son tu linaje. Si los honras, te mantendrán viva. Si los deshonoras, te abandonarán. No serás nada. Llevarás una vida miserable y morirás sola. Dilo otra vez.

Los niños somalíes deben memorizar su estirpe: eso es lo más importante. Siempre que un somalí se encuentra con un desconocido, ambos se preguntan mutuamente: «¿Quién eres?». Se remontan a sus antecedentes familiares por separado, hasta que encuentran un ancestro común.

Si uno comparte un abuelo, o incluso quizás un tatarabuelo de octava generación, con un somalí, ambos están unidos por un lazo, como si fueran primos. Son miembros de la gran familia que forma un clan. Se ofrecen mutuamente alimentos y hospitalidad. Aunque un niño pertenece al clan de su padre, puede ser conveniente recordar los detalles del linaje materno, por si se está de viaje y se precisa la ayuda de un desconocido.

Así, pese al sudor que nos corría por la espalda en aquellas largas tardes, mi hermano mayor, Mahad, y yo aprendíamos a recitar al unísono los apellidos de nuestras dos estirpes. Más tarde, mi abuela empezó a enseñar a mi hermana pequeña, Haweya, a hacer lo mismo, pero con ella nunca llegó tan lejos. Haweya era rápida y brillante, aunque más inquieta que Mahad y yo.

Lo cierto es que considerábamos inútil este conocimiento de los ancestros por ser unos niños modernos, criados en casas de hormigón, bajo tejados sólidos y entre paredes resistentes y protegidas. La mayoría de las veces huíamos a saltos, esquivando los golpes secos que la abuela nos infligía en las piernas con las varas que arrancaba de nuestro árbol. Hubiéramos preferido subir a él y jugar en sus ramas.

Lo que más nos gustaba era escuchar las historias que contaba la abuela mientras mi madre cocinaba en un brase-

ro de carbón y nosotros permanecíamos tumbados sobre una estera al pie de nuestro árbol. Pero esas historias no se nos explicaban cuando las pedíamos. Llegaban por sorpresa. Mi abuela podía estar aventando una estera, mascullando algo ininteligible, y de pronto nos dábamos cuenta de que el murmullo se había convertido en un cuento.

—Había una vez un joven nómada que desposó a una hermosa mujer y tuvieron un hijo —comenzaba la abuela.

Nosotros tres habíamos aprendido a callar de inmediato y simular que estábamos ocupados en algo; la mínima interrupción podía acabar con su buena disposición y entonces empezaría a gruñirnos y volvería a aventar las delgadas tiras de hierba seca que tejía día y noche hasta formar esteras anchas y muy trabajadas.

—Como no llegaban las lluvias, el nómada partió para recorrer el desierto en busca de pastos donde pudiera asentarse con su familia. No tuvo que caminar mucho hasta llegar a un pastizal de hierba verde que acababa de brotar. En él había una cabaña levantada con ramas gruesas, cubierta de esteras recién tejidas y limpia.

»La cabaña estaba vacía. El hombre volvió a donde estaba su mujer y le dijo que había encontrado el lugar ideal, apenas a un día de camino. Pero dos días después, cuando volvió al pastizal con su mujer y el bebé, vieron a un desconocido a la entrada de la cabaña. El desconocido no era alto, pero sí fornido, y tenía los dientes muy blancos y la piel suave.

Haweya se estremecía de placer y yo de miedo.

—El desconocido dijo: «Tienes mujer e hijo. Quédate la casa, eres bienvenido», y sonrió. El joven nómada pensó que ese desconocido era muy amable y le dio las gracias; invitó al extraño a visitarles cuando quisiera. Pero la mujer se sintió incómoda cerca de aquel desconocido. El bebé rompió a llorar cuando vio a ese hombre.

»Esa misma noche un animal entró en la cabaña, arrancó al bebé de su cama y se lo llevó. El padre había comido bien y dormía pesadamente; no oyó nada. Qué desdicha. El desconocido visitó al nómada y a su familia para expresar-

les que lo sentía. Pero al hablar, la mujer observó que tenía pequeños trozos de carne roja entre sus dientes y uno de esos fuertes dientes blancos estaba ligeramente astillado.

»El hombre permaneció con la pareja en su casa. Durante un año, la hierba siguió brotando y hubo lluvias, de modo que no había razón para irse. La mujer parió a otro bebé en la cabaña, otro hermoso niño. Pero de nuevo, cuando el pequeño apenas había cumplido una estación, un animal entró de noche en la cabaña y se llevó al niño entre las fauces. Esta vez, el padre corrió detrás de la bestia, pero era demasiado lento para alcanzarla.

»La tercera vez, el nómada alcanzó al predador, y luchó con él, pero el animal le venció. ¡De nuevo devoró al bebé! Finalmente, después de perder el tercer bebé, la mujer dijo al nómada que lo abandonaba. Así que el estúpido nómada lo perdió todo.

»Y ahora decidme: ¿qué habéis aprendido? —nos gritó la abuela.

Conocíamos la respuesta. El nómada había sido perezoso. Se había quedado con el primer pastizal que encontró, aun cuando forzosamente había algo en su elección que no encajaba. Había sido un estúpido: fue incapaz de ver los signos, las señales, que el bebé y la mujer habían sentido instintivamente. El extraño era «el que se frota con un palo», el monstruo que se transforma en hiena y devora a los niños. Lo habíamos adivinado. El nómada había sido lento de reflejos, lento de piernas, débil y cobarde. Se merecía perderlo todo.

Los relatos de mi abuela podían llegar a ser escalofriantes. Había historias de una asquerosa bruja vieja que se llamaba Asesina de Personas o Carnicera de Personas, con poderes para transformarse y adoptar el rostro de algún ser querido o respetado y que, en el último momento, te embestía riéndose en tu cara, JAJAJAJA, antes de degollarte con un largo cuchillo afilado que llevaba oculto entre los pliegues de su vestido; después, te comía entera. Nos contaba cuentos de cuando ella era joven, de las bandas de guerreros que recorrían el desierto robando animales y mu-

jeros y quemando asentamientos. Nos hablaba de todos los desastres ignotos de su vida y de la vida de sus padres: las pandemias de peste y malaria y las sequías que dejaban yermas a regiones enteras.

Nos contaba cosas de su vida. Los buenos tiempos, cuando venían lluvias y todo reverdecía, cuando de pronto caudales de agua fluían por los lechos reseco y había leche y carne en abundancia. Trataba de enseñarnos cómo se llegó a la decadencia: cómo cuando la hierba crece, los pastores se vuelven holgazanes y los niños engordan. Cómo hombres y mujeres cantan al alimón y tocan el tambor en la penumbra y cómo eso debilita su sentido de vigilancia, convirtiéndolos en seres incapaces de detectar el peligro. Esta promiscuidad, nos advertía, lleva a la rivalidad, al conflicto, al desastre.

En algunas de las historias de mi abuela había mujeres valientes –madres, como la mía– que utilizaban su ingenio y valentía para salvar a sus hijos del peligro. Esto nos hacía sentirnos seguros, en cierto modo. Mi abuela y mi madre eran valientes e ingeniosas: no había duda de que serían capaces de salvarnos cuando llegara el momento de enfrentarnos a los monstruos.

En Somalia, los niños pequeños aprenden pronto a permanecer alerta ante la traición. Las cosas no siempre son lo que parecen; un pequeño desliz puede ser fatal. La moraleja de cada uno de los cuentos de mi abuela se basaba en nuestro honor. Hemos de ser fuertes, inteligentes, desconfiados; debemos obedecer las reglas del clan.

Desconfiar es bueno, especialmente si eres niña. Porque las niñas pueden ser forzadas, o pueden ceder. Y si una niña pierde la virginidad, no sólo traiciona su propio honor, sino que también daña el de su padre, sus tíos, hermanos y primos. No hay nada peor que ser la causante de semejante catástrofe.

Aunque nos gustaban mucho sus historias, casi siempre hacíamos caso omiso de la abuela. Quería tenernos controlados, tenernos a todos juntos como las cabras que ataba a nuestro árbol; pero éramos ingobernables. Los cuentos y

las peleas eran nuestro pasatiempo; creo que no llegué a ver un juguete hasta que cumplí los ocho años y nos trasladamos a Arabia Saudí. Nos importunábamos mutuamente. Haweya y Mahad se confabulaban contra mí, o Haweya y yo contra Mahad. Pero mi hermano y yo nunca formamos un equipo. Nos odiábamos. Mi abuela siempre decía que eso se debía a que yo nací justo un año después de Mahad: le robé el regazo de mamá.

No teníamos padre, porque nuestro padre estaba en la cárcel.

Yo no recordaba nada de él.

La mayoría de adultos que conocí se criaron en los desiertos de Somalia. Este país, el más oriental de África y uno de los más pobres del continente, se proyecta sobre el océano Índico y rodea la punta de la península Arábiga como una mano protectora antes de descender por la costa hacia Kenia. Mi familia eran nómadas que se desplazaban constantemente por los desiertos del norte y del nordeste con el fin de encontrar pastos para sus rebaños. A veces se asentaban en algún lugar durante una estación o dos; cuando ya no quedaban agua ni hierba suficientes, o en época de escasez de lluvias, levantaban la cabaña, ataban las esteras sobre los camellos y se echaban a andar, a la búsqueda de un lugar mejor donde mantener con vida a sus rebaños.

Mi abuela aprendió a tejer hierbas secas tan tupidas que uno podía transportar agua a lo largo de varios kilómetros en una de sus jarras hechas con este material. Era capaz de hacerse su propia choza con la cubierta abombada a base de ramas curvadas y esteras tejidas y después desmontarla y cargarla en un colérico camello de transporte.

Tras la muerte del padre de mi abuela —un pastor del clan Isaq, que falleció cuando ésta tenía unos diez años—, su madre se casó con su tío. (Se trata de una práctica común: ahorra una dote y evita problemas.) Cuando mi abuela tenía unos trece años, un rico nómada, llamado Artan, de unos cuarenta años, pidió la mano de mi abuela al men-

cionado tío. Artan era un Dhulbahante, un buen linaje de los Darod, una persona muy respetada, diestro con los animales y buen navegante: sabía interpretar el entorno tan bien que siempre sabía hacia dónde trasladarse y adónde ir para encontrar lluvia. Era tal el respeto que se le tenía que otros miembros del clan acudían a él para que dirimiera sus disputas.

Artan ya estaba casado, pero él y su mujer sólo tenían una hija, un poco más joven que mi abuela. Cuando decidió tomar otra esposa, Artan seleccionó primero al padre de la novia: debía ser un hombre de un buen clan y con una buena reputación. La chica debía ser trabajadora, fuerte, joven y pura. Mi abuela, Ibaado, cumplía esos requisitos. Artan pagó un precio de novia por ella.

Pocos días después de que Artan la desposara y se la llevara consigo, mi abuela escapó. Artan la alcanzó cuando casi había logrado llegar caminando al campamento de su madre. Él aceptó dejar que se quedara un tiempo con su madre, hasta que se recuperara. Después, al cabo de una semana, su padrastro la llevó al campamento de Artan y le dijo: «Éste es tu destino».

Durante el resto de su vida, mi abuela tuvo un comportamiento irreprochable en todos los aspectos. Crió a ocho niñas y un niño y nunca dio motivos para suscitar ningún comentario sobre su virtud o su trabajo. Infundió fuerza de voluntad, disciplina y sentido del honor a sus hijos. Sacaba el rebaño a pastar, recogía leña, clavaba vallas de palos atados con ramas de espino. Tenía las manos y la cabeza duras, y cuando se celebraban las reuniones del clan, debido al papel de árbitro que desempeñaba su marido, mantenía a sus hijas a buen recaudo de los hombres, de los cantos y los tambores. Sólo les permitía escuchar desde la distancia las competiciones de poesía y observar a lo lejos cómo los hombres intercambiaban bienes y cuentos. Mi abuela no tenía celos de la otra esposa, mayor que ella, aunque procuraba evitarla; cuando la mujer murió, mi abuela toleró la presencia de su arrogante hijastra, Jadiya, la muchacha que casi era de su misma edad.

Artan tenía nueve hijas y una mujer joven, así que salvaguardar el honor de sus mujeres revestía la máxima importancia. Las mantenía alejadas de cualquier otro nómada, rondando durante semanas hasta encontrar un lugar con pastos, pero donde no hubiera mozos. Viajaban sin descanso por los desiertos más remotos. Al pie del árbol *talal* del jardín de nuestra casa en Mogadiscio, mi abuela solía hablarnos de la hermosura del vacío que representaba estar sentada delante de una choza construida con sus propias manos, contemplando el vasto espacio infinito.

En cierto modo, mi abuela vivía todavía en la Edad de Hierro. No existía ningún sistema de escritura entre los nómadas. Los utensilios metálicos eran raros y muy apreciados. Los británicos y los italianos pretendían gobernar Somalia, pero eso nada habría significado para mi abuela. Ella sólo sabía de clanes: los grandes clanes nómadas de los Isaq y los Darod, los agricultores Hawiye, cuyo rango era inferior, y los Sab, de una categoría aún más baja. La primera vez que vio a un blanco, mi abuela ya se hallaba en la treintena: pensó que esa persona tenía la piel quemada.

Mi madre, Asha, nació a principios de la década de 1940, junto con su hermana gemela Halimo. Mi abuela las dio a luz sola, al pie de un árbol. Eran su tercera y cuarta hijas; ella tenía dieciocho años, y cuando sintió los dolores de parto llevaba las cabras y ovejas a pastar. Se recostó y parió; acto seguido cortó los cordones umbilicales con su cuchillo. Pocas horas después, reunió a las cabras y ovejas y logró conducir las a casa sanas y salvas antes de que anoheciera, llevando en brazos a sus gemelas recién nacidas. Nadie se mostró impresionado por la hazaña: lo único que hizo fue traer dos niñas más a casa.

Para mi abuela, los sentimientos eran una necesidad auto-indulgente. Pero el orgullo era importante –orgullo por tu trabajo y tu fuerza– y la confianza en uno mismo. Si eras débil, la gente hablaba mal de ti. Si tus vallas de espinos no eran lo bastante fuertes, los leones, las hienas y los zorros te robaban los animales; tu marido se casaría con otra, a

tus hijas les robarían la virginidad y tus hijos serían tachados de inútiles.

A los ojos de mi abuela, éramos niños inútiles. Criados en una casa de bloques de cemento con tejado sólido, no servíamos para nada. Caminábamos por carreteras; la calle que había delante de casa no estaba pavimentada, pero al menos era una vía señalizada en medio de la suciedad. Teníamos agua del grifo. Nunca habríamos encontrado el camino de vuelta a casa después de llevar al ganado a pastar por el desierto; ni siquiera sabríamos ordeñar a una cabra sin que ésta nos derribara de una coz.

Mi abuela sentía desdén por mí. Me aterrorizaban los insectos, así que a sus ojos era una niña estúpida. Cuando sus hijas tenían cinco o seis años de edad, mi abuela ya les había enseñado todas las aptitudes importantes que necesitaban para sobrevivir. Yo no tenía ninguna.

Mi madre también nos contaba cuentos. Había aprendido a cuidar de los animales de su familia y los conducía a través del desierto hasta lugares seguros. Las cabras eran presa fácil para un predador; igual que una chica joven. Si a mi madre o a sus hermanas las hubieran atacado en pleno desierto, la culpa hubiera sido de ellas: deberían haber huido al primer indicio de que se acercaba un camello desconocido. Si alguna vez las capturaban tenían que decir tres veces: «Que Alá sea mi testigo, no quiero pelea contigo. Por favor, déjame sola». La violación era mucho peor que la muerte, pues manchaba el honor de todos y cada uno de los miembros de la familia.

En caso de que la invocación de Alá no surtiera efecto, mi abuela enseñó a sus hijas a colocarse de un salto detrás del hombre, agacharse, meter la mano entre sus piernas debajo del *sarong* y tirar fuerte de sus testículos. No debían soltarlos. Por mucho que él golpeará o diera patadas, ellas tenían que agachar la cabeza y encajar los golpes en la espalda y procurar mantenerse en esa postura hasta que el atacante se desmayara. Esta maniobra se denomina *qwore-*

goys y las mujeres de la familia de mi abuela la enseñaban a sus hijas del mismo modo que les enseñaban a hacer las cercas de espino para proteger la cabaña de las hienas.

Recuerdo una tarde en que Haweya y yo éramos pequeñas y observábamos a la abuela frotando grasa de oveja sobre un rollo largo de sogas tejidas antes de sumergirla en el tinte vegetal que la endurecería y ennegrecería.

«Una mujer sola es como un pedazo de grasa de oveja a pleno sol –nos dijo–. Acudirá cualquier cosa y comerá de esa grasa. Antes de que os deis cuenta, las hormigas y los insectos la habrán invadido hasta que apenas quede una mancha de grasa.» Mi abuela apuntó a un pedazo de grasa que se fundía al sol, detrás de la sombra del *talal*. Estaba lleno de hormigas y mosquitos. Durante años, esta imagen protagonizó mis pesadillas.

En su infancia, mi madre siempre se mostró deferente, siempre obediente. Pero a medida que fue creciendo, el mundo empezó a cambiar. Las antiguas tradiciones de los nómadas comenzaron a caer en el abandono cuando la vida moderna los atrajo a las aldeas y ciudades. De modo que cuando tenía unos quince años, mi madre abandonó el desierto. Dejó atrás a sus padres y a sus hermanas mayores, incluida su hermana gemela, y caminó. Después se subió a un camión y llegó a la ciudad portuaria de Berbera, donde embarcó para cruzar el mar Rojo, rumbo a Arabia.

Jadiya, su hermanastra mayor, hija de la primera mujer de su padre, la había precedido. Otra de las hermanas mayores de mi madre también realizó ese viaje. Desconozco el motivo que las movió a hacerlo; mi madre no solía confiar sus emociones más íntimas. Pero era la década de 1950 y la vida moderna clavaba sus codos hasta en los lugares más remotos del mundo. Mi madre era joven, al fin y al cabo, y creo que simplemente no quería quedarse en el desierto cuando todos los jóvenes ya se habían ido a la ciudad.

Mi madre fue a Adén, donde ya se había instalado Jadiya: una gran ciudad, centro del dominio colonial britá-

nico sobre Oriente Próximo. Consiguió un empleo como mujer de la limpieza en una casa británica. Aprendió a utilizar tenedores y sillas, bañeras y cepillos. Le encantaban los estrictos rituales –lavar, doblar, planchar– y la sofisticada parafernalia de la vida sedentaria. Mi madre se mostraba incluso más escrupulosa respecto a estas cuestiones que las mujeres para las que trabajaba.

Aunque en Adén estaba sola, libre del control paterno, mi madre era sumamente virtuosa. Estaba decidida a que nadie tuviera jamás motivos para murmurar que ella, Asha Artan, se hubiera comportado de forma inapropiada. Nunca tomó un taxi o un autobús por temor a tener que sentarse al lado de un desconocido. Huía de los hombres somalíes que mascaban *qat* y de las chicas que les preparaban té y bromeaban con ellos cuando la euforia que provocaban las cortas y gruesas hojas de la planta les hacía hablar y reír. En vez de ello, en Adén mi madre aprendió a rezar como mandan los cánones islámicos.

En el desierto, mi abuela nunca tuvo tiempo para rezar. Entre los nómadas no era habitual que las mujeres lo hicieran. Eran los hombres quienes extendían sus esteras de oración sobre la arena cinco veces al día y se ponían a recitar el Corán de cara a La Meca. Pero ahora, en la península Arábiga, donde el profeta Mahoma había recibido la revelación de Alá, mi madre aprendió a realizar las abluciones rituales. Se cubría con una tela lisa y rezaba de pie, sentada, postrada, girando a la derecha y a la izquierda: la danza de la sumisión a Alá.

En el desierto, las mujeres nómadas no iban tapadas. *Trabajaban*, y resulta difícil trabajar bajo un velo largo. Cuando mi abuela conducía el rebaño y cocinaba, llevaba puesto un vestido largo de un tejido basto, el *gob*, que dejaba al descubierto los brazos, el cabello y el cuello. En tiempos de mi abuela, era normal que hubiera hombres presentes mientras las mujeres amamantaban a sus hijos; nunca daban señales de que la visión de unos cuantos centímetros de carne femenina los excitara.

Mi madre no tenía en Adén a ningún protector: ni pa-

dre ni hermano. Los hombres la miraban con lascivia y la molestaban por la calle. Empezó a llevar velo, como las mujeres árabes que se ponían, al salir de casa, una larga prenda negra que las cubría enteras, excepto una rendija para los ojos. El velo la protegía de los mirones y del sentimiento de vileza que le causaba que la observaran de este modo. Y era un emblema de su fe. Para recibir el amor de Dios había que ser modesta, y Asha Artan quería ser la mujer más decente y más virtuosa de la ciudad.

Un día mi abuelo Artan fue a Adén para comunicarle a mi madre que habían pedido su mano en matrimonio y que él había aceptado. Mi madre debía de tener dieciocho años; no podía contradecir a su padre. De modo que guardó silencio. El silencio de una virgen es la respuesta correcta a una proposición de matrimonio; expresa un consentimiento solemne.

Así, mi madre se casó con ese hombre, de nombre Ahmed, aunque al verlo no le agradó: era demasiado bajo y tenía la piel demasiado oscura, y fumaba, un hábito que a ella le disgustaba tanto como mascar *qat*. Ahmed era un Darod, igual que ella, y también de los Harti, como ella; pero en lugar de ser un nómada Dhulbahante, como mi madre, era un comerciante, un Wersengeli. Por eso mi madre lo miraba despectivamente, aun cuando fuera rico.

El Wersengeli se llevó a mi madre a Kuwait, donde se convirtió en ama de una gran casa con suelo de baldosas, agua caliente y electricidad. Lo primero que hizo mi madre fue despedir a todas las criadas: nadie era capaz de limpiar la casa como quería Asha Artan. Se propuso crear un hogar ejemplar. Tuvo un hijo y lo llamó Muhamad, como el profeta, el nombre adecuado para un primogénito.

Entonces su padre, que ya era un anciano, murió y mi madre hizo algo asombroso: dijo a su marido que quería el divorcio.

Por supuesto, mi madre no tenía derecho al divorcio conforme a la ley musulmana. La única manera de solici-

tarlo era si su marido hubiera sido impotente o la hubiera dejado en la indigencia. Todos los miembros de su clan en Kuwait le dijeron que hacía el ridículo. Su marido era rico, y aunque podía permitirse tener varias esposas, iba a casa con ella todas las noches. ¿Qué más podía querer? Si se divorciaba, mi madre sería mercancía usada, pues ya no era virgen. Además, argüían, dejaría de ser una *baarri*, una esclava piadosa. Una *baarri* honra a la familia de su marido y la alimenta sin preguntar ni quejarse. Nunca lloriquea ni reclama. Es fuerte en el trabajo, pero lleva la cabeza gacha. Si su marido es cruel, si la viola y luego se lo echa en cara, si decide tomar otra mujer o le pega, ella baja la vista y oculta sus lágrimas. Y trabaja duramente, sin cesar. Es un animal de labor abnegado, cordial y bien instruido. Eso es ser una *baarri*.

Si eres una mujer somalí tienes que aprender a decir que Dios es justo y lo sabe todo y que te premiará en el más allá. Mientras tanto, todo aquel que sepa de tu paciencia y tu resistencia alabarás a tu padre y a tu madre por lo bien que te han criado. Tus hermanos te estarán agradecidos por preservar su honor. Presumirán ante otras familias de tu heroica sumisión. Y tal vez, finalmente, la familia de tu marido apreciará tu obediencia y llegará el día en que tu esposo te tratará como a un igual.

Si en el proceso de conversión en *baarri* sientes dolor, humillación, fatiga o una sensación de explotación eterna, debes disimular. Si deseas amor y comodidad, reza en silencio a Alá para que haga que tu marido sea más soportable. Tu fuerza reside en la oración. Las madres nómadas han de intentar transmitir a sus hijas esa cualidad y esa fuerza que se llama *baarri*.

Durante años, la actitud de mi madre había sido intachable. Su virtud había sido legendaria, sus hábitos de trabajo impecables. En parte, esa cualidad pertenecía a su naturaleza: mi madre sacaba fuerzas y se sentía cómoda en un entorno de reglas claras y con la certeza absoluta de que, si era buena, iría al paraíso. Sin embargo, creo que también temía que su padre renegara de ella si le desobedecía. La

maldición del progenitor es lo peor que le puede ocurrir a una mujer, es un billete directo al infierno.

Pero cuando su padre murió, mi madre se enfrentó a su marido. Se apartó de él con toda la fuerza del desprecio acumulado durante tanto tiempo. Incluso se negó a dirigirle la palabra. Finalmente, él aceptó no oponerse a su petición de divorcio. El juez kuwaití concedió a mi madre siete años más de custodia de su hijo. A los diez años de edad, Muhamad volvería a vivir con su padre; hasta entonces, mi madre estaba autorizada a criar a su hijo sola.

En la infancia y adolescencia de mi madre, Somalia no existía. Si bien todos los clanes hablaban la misma lengua, aunque en diferentes dialectos, en su mayoría vivían en regiones separadas y se consideraban distintos los unos de los otros. El territorio de lo que en la actualidad es Somalia estaba dividido entre los colonizadores británicos e italianos, que ocupaban el país y lo habían seccionado en dos. En 1960, los colonialistas se marcharon, dejando atrás un Estado independiente de nuevo cuño. Había nacido una nación unificada.

Este nuevo país, Somalia, tenía una democracia, un presidente, una bandera, un ejército e incluso su propia moneda: billetes de banco de color sepia con retratos cursis de animales de granja y gente que trabajaba en el campo; representaban escenas que mi madre jamás había visto. Gentes que siempre habían vivido en las zonas rurales más inhóspitas empezaron a trasladarse a la nueva capital del país, que los colonizadores llamaron Mogadiscio. Se estremeaban con la idea de crear una nación, grande y poderosa. Pero fueron muchas las esperanzas que se verían defraudadas tras años de luchas entre clanes, la corrupción y la violencia en que se sumió el país, al igual que en gran parte del continente africano. Sin embargo, mi madre no podía adivinar cuál sería el devenir de los acontecimientos, de modo que, al igual que muchos otros, hizo el equipaje, cogió a su hijo y la dote que le había dado su marido cuando se casa-

ron y volvió a Somalia, a Mogadiscio, la capital, donde nunca había estado.

Durante el resto de su vida mi abuela reprochó a mi madre que tomara esa decisión. Mogadiscio no era tierra de los Darod. Ni siquiera era de los Isaq. Se hallaba en pleno territorio Hawiye, al que mi madre no pertenecía. Mi abuela nunca se cansaba de repetir que el ex marido de mi madre debió de haberla maldecido, que él fue la causa de esa decisión temeraria. O puede que la renuncia descarada de mi madre al matrimonio que había acordado su padre hubiera soltado a un *djinn*, un genio maligno. Mi abuela detestaba las casas de cemento, las calles estrechas, la falta de horizonte en Mogadiscio, y odiaba saber que su familia ya no estaba segura en las tierras de los Darod, en el norte. Pero una vez más, mi madre rompió con las tradiciones de sus ancestros. Y una vez más siguió a su hermanastra, Jadiya Artan, que se había instalado en Mogadiscio con su marido.

Jadiya era una mujer sorprendente, tan alta como mi madre e igual de delgada. De piel tersa y facciones angulosas, tenía ojos aguileños y modos dominantes. Su voz era potente y sus gestos, amanerados y afectados. Mi abuela la aborrecía. Jadiya era valiente; llevaba largos vestidos occidentales que le llegaban hasta los tobillos y que se ajustaban a su cuerpo con cremalleras y botones. También se cubría con ropa al estilo del *goh* rural y la *dirha* urbana. Pero los *goh* y *dirha* de Jadiya estaban confeccionados con tejidos selectos, costosas sedas y gasas en vez de vulgar algodón, y la manera en que los lucía hacía que otras mujeres parecieran torpes y desmañadas. Jadiya llevaba un peinado alto sujeto con un turbante. Era moderna. Estaba entusiasmada con la independencia, la actividad política y las discusiones nocturnas en la calle. Iba y venía alardeando por la nueva capital.

Aunque estaba casada (y bien casada, además), Jadiya era estéril: un destino terrible. Algunos decían que eso se debía a que era una bruja y una obstinada. Mi abuela refunfuñaba que la causa era una maldición por desobedien-

cia y rebeldía. Si en verdad hubo una maldición, Jadiya se las ingenió para hacer caso omiso de la misma.

Jadiya recomendó a mi madre que comprara una parcela de terreno frente a una empresa de transportes que pertenecía al hijo mayor de su marido, nacido de una esposa anterior. Era un barrio nuevo, y ahora que Mogadiscio se había convertido en la capital, los Darod habían empezado a trasladarse a ella. Esta zona, Hoden, era más limpia y saludable que el centro de la ciudad, donde los elegantes edificios italianos antiguos estaban rodeados de mugrientas calles densamente pobladas. En nuestro barrio, las calles estaban sin asfaltar y pocas casas tenían electricidad; la nuestra nunca la tuvo. Pero mamá compró el terreno. Se trasladó a la vivienda de Jadiya y empezó a planear la construcción de su propia casa.

La idea que mi madre tenía de una casa se formó a trompicones, a medida que hubo disponibilidad de materiales. Sólo había dos habitaciones grandes, con paredes de hormigón ligero blanqueado y suelo de cemento. El espacio situado delante de la puerta principal también estaba pavimentado; el resto era arena. La construcción de esa vivienda llevó mucho tiempo. Todo estaba pintado de blanco, salvo las puertas y los postigos, que eran verdes, el color que mi madre consideraba adecuado para una buena puerta musulmana. El hornillo para cocinar estaba fuera, bajo una marquesina junto a un alto árbol *talal*, donde un hombre podía extender su estera en la sombra en una tarde calurosa.

Jadiya era una mujer inquieta, siempre estaba organizando el destino de otras personas y conviniendo matrimonios. Mi madre era joven y no estaba muy ocupada; no encajaba en su posición que se pusiera a trabajar. Jadiya propuso que le confiara al pequeño Muhamad y saliera, quizá para asistir a una clase de alfabetización. Un hombre joven llamado Hirsi Magan que acababa de volver de una universidad norteamericana se dedicaba a enseñar a leer y escribir a la gente corriente de Mogadiscio.

Este joven, Hirsi Magan, se convertiría en mi padre.

Cuando yo era pequeña, él era para mí como un héroe legendario, tan sólo un poco más real que los hombres lobo de mi abuela. La hermana mayor de mi padre, mi tía Hawo Magan, solía venir a casa y contarnos historias de él y de cómo se crió en el desierto del norte. El padre de ambos, Magan, había sido un guerrero mítico. Su nombre significaba «el Protector» o, más concretamente, «el Protector de quienes conquistaba». Magan era un Osman Mahamud, del subclán de los Darod, quienes reclamaban el derecho a conquistar y dominar a otros pueblos. Magan había combatido con el rey Boqor, que reinaba en las tierras de Macherthen junto al mar, y alrededor de 1890 cambió de bando y rindió pleitesía al rival de Boqor, Kenaidiid, que era más joven y estaba más dispuesto a guerrear y organizar incursiones. (Boqor, Magan y Kenaidiid eran primos.)

Kenaidiid y Magan condujeron a sus guerreros por las tierras meridionales de Senag y Mudug, ocupadas por clanes menores, entre ellos muchos Hawiye. Los Hawiye eran gente pasiva, casi todos agricultores, y carecían de ejército organizado. Magan los despreciaba. Cuentan que una vez obligó a los habitantes de un poblado Hawiye a acarrear piedras para formar un círculo y luego hizo que se agolparan en el interior del mismo para matarlos. Después ordenó a sus guerreros que tomaran a las mujeres y se asentaran allí, en la tierra de los Hawiye, al norte de Mogadiscio. Según mi abuela, los Hawiye de la región de Mudug nunca han olvidado el nombre de Magan.

Mi padre se crió en el desierto del norte, hijo de la última y más joven esposa de Magan. Ella tenía doce o trece años cuando se casó con el viejo guerrero, que rondaba los setenta. Mi padre era el benjamín de Magan, y el viejo lo adoraba. Cuando Magan murió, mi padre quedó al cuidado de sus hermanos mayores, algunos de ellos tan viejos que ya tenían nietos. Lo llevaron cabalgando por el desierto antes de que supiera caminar.

Los hijos de Magan eran comerciantes y guerreros ricos y poderosos. Mi padre se crió entre algodones, y era alegre y seguro de sí mismo. Trabó amistad con un hombre

mayor que él, Osman Yusuf Kenaidiid, el nieto del Kenaidiid a quien había servido su padre. Magan siempre se había burlado de ese hombre; era taciturno y se cubría la boca con un paño, porque no hay que malgastar las palabras; deben brotar después de una profunda reflexión.

La elocuencia, el uso de una lengua refinada, merece admiración; la obra de grandes poetas se ensalza y se aprende de memoria en muchos kilómetros a la redonda de los poblados de donde proceden, a veces durante varias generaciones. Pero pocos poetas o personas han escrito jamás alguna palabra en somalí. Las escuelas que dejaron los colonizadores eran demasiado escasas para educar a una nación habitada ahora por millones de personas.

Osman Yusuf Kenaidiid era culto. Había inventado una escritura para plasmar por primera vez en papel los sonidos de la lengua somalí. La llamaban osmaniya. Era inclinada, sinuosa e ingeniosa, y mi padre se empeñó en aprenderla.

Osman era un buen maestro y tenía muchos contactos con los colonizadores italianos que gobernaban el sur de Somalia. Mi padre, su protegido, empezó a ir a la escuela en Mogadiscio, la capital colonial de los italianos. Se afilió a la Liga de la Juventud Somalí y se enzarzó en acaloradas discusiones sobre el futuro, cuando la gran nación somalí lograra deshacerse de las potencias coloniales que la tenían dominada y formar un país que deslumbraría a África. Aprendió italiano e incluso fue a estudiar a Roma durante un tiempo: una rara oportunidad para un somalí, pero los descendientes de Magan eran ricos. Se casó con una mujer, Maryan Farah, del subclán Marehan de los Darod.

Después mi padre decidió ir a la universidad en Estados Unidos, concretamente a la Universidad de Columbia, en Nueva York. Se sentía atraído por América. Solía decir: «Si ellos han logrado tantas cosas en tan sólo doscientos años, entonces nosotros, los somalíes, con nuestra resistencia y tenacidad, podremos hacer una América en África». Mi padre insistió en que su mujer, Maryan, le acompañara, y también ella empezó a estudiar allí. Su hija pequeña, Arro, nacida en 1965, se quedó en Somalia con su abuela.

Tras licenciarse en Antropología, volvió a Somalia, al igual que muchos otros jóvenes privilegiados, para ayudar a forjar el futuro de la nación. Maryan, en cambio, no aprobó el curso que le faltaba; él la conminó a que se quedara en América hasta terminarlo.

Nada más natural para mi padre que instalarse en la capital del país, Mogadiscio. Pensaba que si querían crear una nueva nación fuerte, se imponía alfabetizar a la población, así que lanzó una campaña para enseñar a leer y escribir. Para dar ejemplo, él mismo fue profesor de una de las clases.

En Somalia, la lengua es un bien precioso: es lo que une a los clanes enfrentados para formar lo que se entiende por una nación única. La gente acudía en tropel a la clase de alfabetización de Hirsi Magan en Mogadiscio. Él era de piel oscura, nariz larga y frente alta; mi padre tenía el encanto de un cantante con un aire intelectual. Aunque no era alto, tenía buena presencia. A la gente le gustaba estar cerca de él; durante toda su vida le escucharon con respeto.

Mi madre era una hábil poeta agraciada con un don natural y se convirtió en una de sus mejores alumnas. Aprendía con rapidez. Un día incluso se atrevió a criticar la manera en que su profesor pronunciaba una palabra somalí, echando hacia atrás su chal con desdén altanero. Era un atrevimiento por su parte, y una sorpresa. Era guapa, delgada y alta, con una espalda tan recta como un árbol joven.

Mi padre se sintió atraído por la ingeniosa conversación de mi madre y sus opiniones inflexibles. La atracción fue mutua y, por supuesto, Jadiya los animó.

Mis padres se casaron en 1966. Mi madre sabía que mi padre seguía casado con su primera esposa, Maryan. Pero ésta seguía en Nueva York, y mi padre no le informó acerca de su nueva novia. Maryan se enteró cuando volvió a Somalia, por supuesto. No sé cuándo sucedió exactamente.

Siempre hubo una fuerte tensión eléctrica entre mi padre y mi madre. Se provocaban mutuamente, se retaban.

En una cultura que no aprobaba que uno escogiera a su pareja, ellos se habían elegido mutuamente: el lazo que los unía era fuerte.

En octubre de 1968 nació mi hermano, Mahad. Mis padres terminaron de construir la casa sobre el terreno que mi madre había comprado en Mogadiscio y se instalaron en ella, trayendo consigo a mi hermanastro mayor, Muhamad, que tenía seis años. Mi madre se quedó embarazada de nuevo, de mí, y mi abuela vino del desierto a Mogadiscio para ayudarla durante los últimos meses del embarazo.

Mi padre era valiente, culto, popular, nacido para gobernar. Se presentó candidato a diputado por la ciudad septentrional de Qardho, pero no salió elegido. Gastó grandes sumas de su propio dinero para financiar campañas de alfabetización e invirtió en una fábrica de azúcar. Participó en un proyecto de construcción de una presa en el norte para que hubiera agua disponible durante todo el año, en vez de mirar cómo el caudal del río desaparecía por las grietas abiertas en la arena.

El 21 de octubre de 1969, se produjo un golpe de Estado que derrocó al gobierno. Veintitrés días después nació yo, el 13 de noviembre, seis semanas antes de lo previsto y con un peso inferior al kilo y medio. Quizá mis padres fueran felices. Mi padre debió de hacerme saltar sobre sus rodillas de vez en cuando; no me acuerdo. Mahad dice que recuerda a nuestro padre de aquellos días, pero apenas son retazos de memoria: tan a menudo estaba fuera de casa.

Mi hermana, Haweya, nació en mayo de 1971. Pocos meses después, la primera mujer de mi padre, Maryan Farah, dio a luz a mi hermanastra, Iyaabo. Parece ser que hubo una disputa, a resultas de la cual mi padre y Maryan se divorciaron. Entonces, en abril de 1972, cuando yo tenía dos años, se llevaron a mi padre y lo encerraron en el peor lugar de Mogadiscio: la vieja cárcel italiana llamada El Hoyo.

Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2006
concedido por el Ministerio de Cultura

Por razones de protección de la intimidad se han cambiado
algunos nombres que aparecen en este libro.

Título de la edición original: *Infidel*

Traducción del inglés: Sergio Pawlowsky

Fotografías del interior: Bas Czerwinski/AP/SIPA: lámina 6, arriba; Til /
Hollandse Hoogte: lámina 6, abajo izquierda; Van Roon/Hollandse Hoogte:
lámina 6, abajo derecha; Charles Sykes/REX/SIPA: lámina 7, arriba Hilz/
Hollandse Hoogte: lámina 7, abajo izquierda; Reader's Digest: lámina 7, abajo
derecha; Thomas Kist: lámina 8, arriba; Lucien Souisa: lámina 8, abajo; El resto
de las imágenes proviene del archivo privado de la autora

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2014

© Ayaan Hirsi Ali, 2006

© de la traducción: Sergio Pawlowsky, 2006

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Conversión a formato digital: Maria Garcia

Depósito legal: B. 16391-2014

ISBN: 978-84-15863-97-7

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los
apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra
forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares
del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.